

Arnfinn Kolerud

EL PREMIO DE TU VIDA



CROSS
BOOKS

Arnfinn Kolerud

EL PREMIO DE TU VIDA

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.



Esta traducción cuenta con el apoyo de NORLA.

Título original: Snillionen
© del texto: CAPPELEN DAMM AS, 2017
© de la traducción: Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano, 2019
© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: noviembre de 2019
ISBN: 978-84-08-21724-4
Depósito legal:
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Una noche cualquiera Frank y Madre ganan la lotería. Están sentados cada uno en un lado del sofá. En la tele hay una bonita mujer con un bonito vestido que sonrío sin parar, seguramente porque sabe que es una mujer bonita con un vestido bonito.

Frank hojea una revista.

Al cabo de un rato oye cómo Madre inspira profundamente, como si fuese a bucear.

—Frank —susurra.

Él levanta la vista de la revista. Madre mira su billete. Se le pone la piel de gallina.

—Frank —susurra una vez más. Y se cubre la boca con la mano.

En la pantalla azul sale el número más alto que Frank ha visto en su vida.

Frank y Madre han ganado con estos números:

2 – porque Frank y Madre son dos

5 – letras en el nombre de Madre

5 – letras en el nombre de Frank

7 – días de la semana que pasan juntos

8 – porque es un número que se parece a un muñeco de nieve que hizo Frank el día en que él y Madre pensaron la combinación de números de la lotería

11 – dos cepillos de dientes en un mismo vaso en el cuarto de baño

18 – el muñeco de nieve después de colocarle una escoba

Es una combinación de números con mucho peso en las primeras cifras. Nunca vamos a acertar, dijo Madre cuando la crearon. Ahora han acertado. Ahora es nunca.

Madre le pide a Frank que compruebe los números. Dos veces. Luego suena su móvil. Frank oye que es una mujer. No entiende lo que dice, solo lo que dice Madre:

—Es demasiado —dice Madre.

Y:

—Nunca he ganado más de ochenta y nueve coronas.

Y:

—No está bien ganar tanto sin trabajar por ello. ¿Es posible que solo nos den la mitad?

—Mamá —dice Frank. Se levanta y niega enérgicamente con la cabeza.

—Chiss, estoy sentada al teléfono —dice ella.

Es raro que diga eso. Seguramente sea una expresión de los viejos tiempos, cuando había cabinas de teléfono en las que uno podía entrar y sentarse en una banqueta.

—Imagina que se nos sube a la cabeza —dice Madre.

Después de la conversación, Madre entra en el baño. Se ríe a carcajadas, de una forma espantosa, en el pequeño aseo. Quizá se esté riendo del papel higiénico barato que tienen.

Frank mira por la ventana del salón. Allí las vistas son las de siempre. Césped con casas. Casas con césped. Alguna que otra oveja. El fiordo con las olas, las olas con los barcos. La tienda iluminada. Y el colegio, por supuesto, que continúa

allí como recordatorio permanente de los deberes. Pero ahora, mientras Madre se encuentra en el baño riéndose a carcajadas, Frank ve más cosas. Ve una piscina con agua azul celeste cerca del puerto. Ve una pista de esquí alpino en la pendiente de la colina, con puertas rojas y azules. Ve una pista de tenis de tierra batida rodeada de una valla. Un parque de atracciones con tiovivos.

Cuando Madre vuelve del aseo, tiene la cara roja. Está despeinada, como si hubiese intentado ahuyentar a unos mosquitos de su pelo.

—Ahora podemos tener todo lo que queramos —dice con voz temblorosa—. Una casa nueva, con un porche que la rodee completamente. Un coche nuevo, con garaje. Una cabaña en la montaña.

—Yo he pensado en algo totalmente distinto —dice Frank.

Frank y Madre van a la cafetería para celebrarlo. Es un verano fresco, con viento y lluvia.

—No sonrías así —dice Madre.

Pero ella sonríe tanto como él.

En la mesa de al lado hay tres adolescentes con chaqueta. A menudo hace un poco de frío en la cafetería, así que muchos se dejan la chaqueta puesta hasta que llega la comida.

—Imaginad que conocemos a la que ha ganado —dice una chica.

Tiene un grano de metal en la nariz.

—No es seguro que sea de aquí. Solo que el billete ha sido vendido aquí —dice un muchacho.

—Seguramente sea una tía vieja que tiene todo lo que necesita —dice el tercero—. Solo querrá unas zapatillas nuevas de andar por casa. Y dará el resto a sus hijos, que vivirán lejos.

Madre se sienta de espaldas al grupo. Por eso puede sonreír enigmáticamente mientras lee el menú.

—¡Imaginad, veinticuatro millones! —dice la chica.

Los jóvenes hablan en voz alta, quizá sea porque llevan

puestas las chaquetas. Cuando caminan por la calle con ellas puestas, están acostumbrados a hablar en voz alta. Luego se olvidan de bajar la voz en el interior, hasta que se las quitan.

Frank y Madre piden lo de siempre.

—¿Con extra de queso? —pregunta Frank.

—Con extra de queso —dice Madre en voz baja al camarero, como si temiese que el extra de queso fuese a desvelar lo ricos que son.

—Conozco a un futbolista extranjero —dice Frank mientras esperan— que solo se pone los calzoncillos una vez. No los lava. Simplemente los tira a medida que se los cambia.

—Eso me pone enferma —dice Madre.

Frank tendrá unos diez o doce calzoncillos para cambiarse. Cuando hay muchos secándose en el tendedero, parece que la casa esté llena de chavales.

El camarero se acerca con los vasos y las bebidas. Madre gira el vaso y dice en voz baja:

—Este lo podrían haber cambiado. Mira todos estos rasguños. Casi hay más rasguños que vidrio.

Mientras Frank y Madre comen, escuchan a los adolescentes.

Uno de ellos dice:

—Leí sobre un basurero en Inglaterra. Ganó muchísimo dinero en la lotería, seguro que unos cien millones. Luego, se lo gastó todo en coches y mujeres y aviones privados. Cuando se quedó sin blanca, no consiguió recuperar su trabajo de basurero. Ahora trabaja en una fábrica de galletas.

Los otros dos se ríen.

Frank y Madre comen en silencio. Los jóvenes hablan sobre gente que ha desperdiciado su dinero. Aparece una arruga en la frente de Madre. Frank disfruta del extra de queso. Su mitad de pizza tiene piña. Trocitos de piña que se parecen a los rayos de sol cortos y gruesos que solía pintar en la esquina superior de la hoja cuando iba a primero de primaria.

Madre y Frank no son capaces de comérselo todo. Madre pregunta a los adolescentes si ellos quieren lo que queda. Les coge desprevenidos. Sus caras se iluminan.

—Muchísimas gracias, qué amable —dice la muchacha con el granito de metal.

Madre rebusca en la cartera monedas para la propina. Tiene que elegir entre un billete de cincuenta y una moneda de cinco. Deja la moneda de cinco.

—Quizá sea la última vez —dice.

—¿La última vez de qué? —pregunta Frank.

—La última vez que pueda dejar tan poca propina.

En el coche, de vuelta a casa, Madre dice:

—Creo que lo mejor será seguir viviendo como antes.

Frank la mira.

—¿Como antes?

—Sí, no debemos despilfarrar.

—¿No?

—No necesitamos una casa grande. No necesitamos un coche nuevo, ni necesitamos joyas y relojes.

Habla como si recitase uno de los diez mandamientos, en opinión de Frank. O podría ser el decimoprimer.

—Tenemos veinticuatro millones de coronas —protesta.

Madre aprieta las manos con fuerza alrededor del volante. Es difícil hablar con alguien que tiene las manos en un puño.

—No tenemos por qué decírselo a nadie. Puede ser un secreto. Tu parte estará en el banco hasta que cumplas los dieciocho.

—¿Dieciocho? —exclama Frank. Ya puestos, podría haber dicho que tiene que ir a buscar el dinero a otro planeta.

—En cualquier caso, primero vas a acabar los estudios. No dejaré que te conviertas en un malcriado.

—¿Por qué no? —pregunta Frank.

Sus compañeros de clase tienen abuelos que los malcrían. Muchísimo. Frank solo tiene unos abuelos que viven lejos.

—Yo voy a seguir trabajando. No voy a quedarme haciendo el vago en casa en bata.

—Friegas suelos —dice Frank.

—Y también mesas y sillas y escaleras —añade Madre—. Y además ¡hablo con la gente!